

PRINCIPIO Y HORIZONTE DE NUESTRA MISIÓN EN AMÉRICA LATINA

I. Un nuevo modo de “sentir y gustar”, de comprender y actuar hoy

1. Nos encontramos inmersos en un cambio de época que afecta a todas las personas y a toda la persona. Vivimos una crisis de mundo y de civilización que se traduce en una crisis radical de sentido. Al mismo tiempo, y desde esa misma fragilidad, algo nuevo se anuncia: el sentir empecinado y provocador de que “Otro mundo es posible”, pluriétnico, pluricultural y plurireligioso, apoyado sobre el respeto solidario, la justicia y la paz.

2. Los desafíos que enfrentamos hoy en América Latina y el mundo tienen una característica peculiar. Ellos no sólo afectan a todos nuestros pueblos de manera similar sino que, para ser enfrentados, requieren una comprensión global y una acción conjunta.

3. La nueva cultura valora la libertad individual, abre espacios para la iniciativa privada y nos ofrece, como nunca antes, oportunidades científicas y tecnológicas para mejorar las condiciones de vida de la humanidad. Se va configurando una realidad global que hace posible nuevos modos de conocer y aprender, que nos coloca en contacto diario con la diversidad de nuestro mundo y al mismo tiempo crea posibilidades para una unión y solidaridad más estrechas a nivel mundial.

4. Sin embargo, esa misma cultura genera nuevas formas de empobrecimiento, exclusión e injusticia que afectan todos los niveles de la vida humana: sociopolíticos, culturales, religiosos. En la carta sobre el ‘Neoliberalismo en América Latina’ se señala, al lado de un innegable avance, las dolorosas consecuencias de un mundo en el que la economía y el mercado, con sus mecanismos discriminatorios, ejercen un dominio absoluto, provocan un consumismo compulsivo y desenfrenado y contribuyen a mantener y reforzar antiguos problemas, heredados de nuestro pasado colonial y de autoritarismos más recientes.

5. En una región tan rica en múltiples y variadas culturas, impregnadas por un profundo sentido religioso y de solidaridad comunitaria, y acostumbradas a vivir en estrecha comunión con la naturaleza y el medio ambiente, se acentúa la fragmentación y el empobrecimiento cultural, crece el secularismo y el individualismo hedonista, y aumenta la destrucción ecológica.

6. Una violencia rampante va permeando todas las relaciones sociales. La corrupción administrativa, el debilitamiento de la participación ciudadana eficaz y de la institucionalidad política van erosionando nuestras democracias.

7. El llamado ‘continente de la esperanza’ tiende a transformarse en un lugar de desencanto y de huida. Vivir de una manera evangélica y contracultural nos obliga a reafirmar nuestra identidad no sólo escogiendo entre las opciones que se nos presentan sino creando otras posibilidades nuevas.

8. Los signos de esperanza, la creencia de que un mundo mejor es posible, surgen sobre todo de aquellos mismos que son víctimas de esos procesos. En esta línea destacamos las contribuciones de los pueblos indígenas y afroamericanos, de tantos jóvenes

sensibles a los nuevos problemas culturales y ecológicos, de mujeres que por su proximidad al misterio de la vida son capaces de frenar la cultura de la muerte (que tiene su germen en el empobrecimiento y la violencia), de desplazados, refugiados, emigrantes que en sus nuevos lugares buscan afirmar su dignidad.

9. Todos estos desafíos exigen a la Compañía de Jesús en América Latina, un nuevo modo de asumir la universalidad de nuestra misión y de replantearnos las estructuras provinciales que le han servido de apoyo. Se impone romper con los estrechos límites particularistas en que estamos encerrados y caminar hacia nuevas maneras de relacionarnos y entendernos, de trabajar y de situarnos, de sentir y vivir la realidad.

10. Se trata ahora de una verdadera conversión de actitudes y de horizonte que se debe traducir en nuevos modos de gobierno y gestión provincial e interprovincial, que debe tocar también todas nuestras instituciones y obras, y, por supuesto, a cada uno de nosotros jesuitas y de todos aquellos con quienes compartimos la misión.

11. Hoy día esta aproximación latinoamericana y universal a los desafíos de nuestros países y de nuestro mundo se hace posible por medios comunicacionales y técnicos con los que no contaban épocas anteriores. Por otra parte, la complejidad y amplitud de los problemas planteados, y nuestras propias limitaciones a nivel provincial, requieren también que multipliquemos la fuerza de nuestro impacto a través de una unión más profunda que ya se va gestando entre nosotros.

12. En los Ejercicios Espirituales hemos aprendido que el Señor nos llama al “magis”: alienta y asume nuestras expectativas, deseos y sueños más profundos para incorporarlos a la novedad de Dios en la historia y abrimos siempre a la sorpresa de sus propuestas. Sentimos que esa novedad nos impulsa a vivir con radicalidad y en plenitud la dimensión universal de nuestra vocación.

II. Enraizados en nuestro “modo de ser y proceder”

13. En la contemplación de la Encarnación, nos unimos al Dios Trino, mirando toda la redondez del mundo, para que las diferencias que se agreden y se destruyen, se integren y complementen en una nueva comunión solidaria. La contemplación ignaciana nos transforma para encontrar a Dios en el núcleo último de todo lo real. Dios está en cada uno y en el conjunto del cuerpo, en lo local y en lo global, en el enraizarnos en las culturas y en el partir hacia otras nuevas, en la cercanía al sufriente y en la lucha contra lo que provoca el sufrimiento.

14. Nos sentimos invitados a ser “locos por Cristo”, viviendo con pasión y libertad en una cultura de adicciones, a permanecer vigilantes y estar alerta para hacer posible la inculturación auténtica, la irrupción de Dios en medio de nosotros. Sólo Él puede alterar los “hábitos del corazón” (cfr. C.G. 34^a, d.4, n.18) para identificarnos plenamente con su Hijo.

15. Los primeros compañeros vivieron este estilo espontáneamente. Nos manifestaron así el “modo de proceder” que es propio de la Compañía en todos los tiempos. Javier se fue a la India pero llevaba en el corazón los nombres de los compañeros. Canisio fue enviado a Alemania cuando ya había interiorizado el estilo y pudo “replicarlo” en la coyuntura difícil de la reforma. Para Nadal, la casa de los profesos era la “cabalgadura”

y en las Constituciones Ignacio nos dice que nuestra vocación es para discurrir por todo el mundo. Los compañeros proceden de naciones distintas y se dispersan por todas partes.

16. Estos primeros jesuitas no son uniformes pero están indesligablemente unidos por el único Espíritu al servicio de la misión, en la Iglesia. Muy pronto llegaron a nuestras tierras de América Latina. En 1549, aún en tiempos de San Ignacio, Nóbrega y otros cinco jesuitas llegan a Salvador de Bahía. Poco después fundan São Paulo y están presentes en la fundación de Río de Janeiro. En siglo siguiente, en Cartagena, Pedro Claver se convierte en el “esclavo de los esclavos negros”, y comienzan en el altiplano peruano-boliviano las primeras experiencias que culminarán en las reducciones del Paraguay.

17. También nosotros hoy renovamos nuestra consagración al servicio de la misión de la Iglesia universal, orientados por la rica historia de la Iglesia latinoamericana y su fecundo magisterio desde Medellín hasta nuestros días. Seguimos así los pasos de Miguel Pro, Alberto Hurtado, Luis Espinal, João Bosco Burnier, Rutilio Grande y los otros mártires centroamericanos.

18. En “fidelidad creativa” la C.G. 32ª nos alentó a unir fe y justicia en nosotros mismos y en todos nuestros ministerios. La C.G. 34ª nos invita a ser servidores de la misión de Cristo en diálogo con toda cultura y religión, colaborando en ella con otros agentes pastorales.

19. En medio de las mociones de consolación y desolación, que atraviesan no sólo las personas sino también las instituciones y las culturas, se vuelve indispensable el discernimiento ignaciano (cfr. C.G. 34ª., d.4, n.9). Hoy más que nunca, asediados como estamos por las innumerables posibilidades que nos ofrece el entorno cultural, debemos esforzarnos por discernir atentamente los “signos de Dios” para entrar en su ritmo y acoger sus ofertas. Tendremos que dejar todo aquello que, por contrario o por ambiguo, dificulta o impide la nitidez del Evangelio. Estamos llamados a hacer presente la generosidad radical de Jesús.

III. “Solamente deseando y eligiendo lo que más conduce...”

20. En los próximos cinco años quisiéramos poder contemplar el inicio y desarrollo de varios procesos que nos ayuden a responder a los desafíos que el mundo actual y en particular América Latina presentan para nuestra misión:

21. 1) La emergencia de un nuevo sujeto apostólico, formado por jesuitas, laicos/as y religiosos/as que, inspirados y animados por un mismo espíritu y sentido de misión, a través de centros, redes u otras instituciones, se coloquen al servicio de la Iglesia y de la transformación de la sociedad.

Animados por una experiencia espiritual capaz de integrar toda la persona y de integrarla en la realidad, que tenga en cuenta el tipo de persona que somos, que recupere la ascesis como disponibilidad para Dios y la mística como unión con el Dios de Jesús que se ha arriesgado en nuestra historia.

Desarrollando una pedagogía espiritual, que ayude a las personas, según su estado de vida, a avanzar en la radicalidad del servicio, ganando progresivamente en libertad y en disponibilidad para la misión.

Colaborando en la misión evangelizadora de la Iglesia, integrados en las Iglesias locales y sus planes pastorales y participando activamente en las diversas organizaciones eclesiales y de la vida religiosa.

22. 2) Diversas formas de colaboración inter y supraprovincial en la formación inicial y permanente de los jesuitas, mediante intercambios de profesores, maestrillos y otros jesuitas en formación; programas compatibles de estudios que permitan la presencia de estudiantes de otras provincias; la formación de superiores y formadores; terceronados mejor articulados y la creación de más centros comunes de formación y otras formas de colaboración.

23. 3) Diversas formas de colaboración inter y supraprovincial para la formación de laicos/laicas, tanto a nivel intensivo como extensivo, especialmente en la experiencia y manejo de los Ejercicios Espirituales, favoreciendo así su mayor integración en el cuerpo apostólico.

24. 4) Colaborar en la generación de un nuevo pensamiento social, ético y político, alternativo al neoliberalismo, a partir de un camino creativo y participativo, desde la experiencia de nuestras instituciones educativas, pastorales, sociales y de otras experiencias. Un pensamiento que nos oriente para encontrar y poner en práctica nuevos modos de enfrentar el creciente empobrecimiento de las grandes mayorías latinoamericanas en sus diversos efectos y manifestaciones, como los desplazamientos migratorios masivos. Esta opción y compromiso efectivo, desde y con los pobres, en el combate contra las diferentes realidades de pobreza, será el criterio de validación de personas, comunidades y obras apostólicas.

25. 5) Contribuir al fomento y promoción de una nueva institucionalidad, capaz de generar y fortalecer organizaciones e instituciones de la sociedad civil, mediante la difusión de valores éticos y democráticos, contra la corrupción, la intolerancia, el autoritarismo y toda forma de violencia, tanto en el ámbito de la sociedad como de la familia.

26. 6) Nos esforzaremos en acompañar y seguir promoviendo: a los jóvenes, acogiendo sus valores y la novedad que traen; a los desplazados y migrantes, en la defensa de sus derechos; a las mujeres, en el logro de una mayor participación y reconocimiento social y eclesial; a las poblaciones indígenas y afroamericanas, en su lucha por mejores condiciones de vida y mayor respeto a sus culturas.

27. 7) Una mayor articulación de todo nuestro esfuerzo educativo, en sus diversos niveles, mediante la elaboración de un proyecto común. Comprometiéndonos, además, a participar significativamente en la definición de las políticas y prácticas de la educación pública, movilizándolo para ello todas nuestras instituciones: colegios, universidades, obras de educación popular y centros pedagógicos de asesoría y reflexión.

28. 8) Una mayor cercanía afectiva, reflexiva y dialogante con la profunda religiosidad de nuestro pueblo, tan rica en símbolos y devociones, que ayude a enfrentar el creciente

secularismo y nos abra para un diálogo crítico y constructivo con otras religiones y creencias, siempre en fidelidad a las directrices y orientaciones del magisterio de la Iglesia universal y latinoamericana.

29. 9) El envío de jesuitas latinoamericanos a regiones más necesitadas como Amazonía y Cuba, en América Latina, y a otras partes del mundo, donde haya más urgencia y para servicios de carácter más universal con las debidas condiciones que permitan hacer frente a situaciones difíciles. En ese contexto, la ayuda a las obras y casas internacionales de Roma constituirá una prioridad en la planificación apostólica al nivel provincial e interprovincial.

30. 10) Un mayor intercambio de información y de cooperación con otras Asistencias de la Compañía, particularmente aquellas históricamente más cercanas a nosotros, para mutua ayuda y el estudio y solución de problemas de común interés.

31. Esto será posible si:

a) tenemos una amplia política vocacional, que tenga en cuenta la cultura y los valores de la juventud y promueva vocaciones para la Compañía, el sacerdocio, la vida religiosa y el laicado comprometido con el Reino;

b) nuestras comunidades apostólicas son abiertas y de identidad bien definida, acogedoras y transparentes, entregadas y festivas, solidarias y sencillas, profundamente orantes y fraternas, que contagien esta mística, convocando a muchos otros a la misión.

Aprobado por la 6ª. Asamblea de la CPAL

Lima, el 2 de Noviembre de 2002.